

Michael Schmidt, *Cartographie de l'anarchisme révolutionnaire*, Lux: Québec, 2012, 186 pgs.

Michael Schmidt es un periodista y militante anarquista sudafricano y este libro es una reciente traducción al francés de su libro *Five waves*, de 2005. Por otra parte, en 2009, junto a Lucien van der Walt, publicó *Black Flame*, el primer volumen de una extensa historia del anarquismo que sería una ampliación de este primer trabajo.

Cartographie... es una nueva interpretación de 150 años de historia del anarquismo. No es, ni intenta ser, un trabajo académico ni de divulgación: es un libro militante que intenta releer la historia del movimiento libertario para ofrecer un nuevo punto de partida para esta corriente.

Schmidt reivindica el anarquismo vinculado a los movimientos de masas y a los sindicatos, preconiza la “lucha de clases” y rechaza todas las interpretaciones individualistas, solipsistas, disgregacionistas del anarquismo, incluidas las corrientes vinculadas a los magnicidios y al terrorismo individual, ajenas a los agrupamientos populares. Señala como momento de nacimiento del anarquismo la Primera Internacional (desestimando un anarquismo abstracto y filosófico, originado en Platón, en William Godwin o en Proudhon) y por esto mismo considera que esta corriente es y debe ser un movimiento “proletario”. Desde esa óptica, identifica anarquismo, anarco-sindicalismo y sindicalismo revolucionario como diferentes versiones de un mismo cauce común. Si bien el último grupo de los tres se caracteriza por negarse a reivindicar un objetivo estratégico último, Schmidt afirma que sus prácticas horizontales y apartidarias son coincidentes con las prácticas de masas de los otros sectores anarquistas.

A diferencia del anarquismo clásico, que oscilaba entre su pertenencia al mundo político y su rechazo de “la política”, Schmidt no sólo acepta la politicidad del anarquismo sino incluso la conformación de grandes agrupamientos ideológicos, con algún grado de coordinación o federalismo, rechazando obviamente el centralismo democrático, que el autor podrá llamar “direcciones dictatoriales”.

Schmidt plantea que las historias tradicionales del anarquismo se limitan a enumerar cinco momentos emblemáticos, pero trágicos: las muertes de Haymarket en 1887 en Estados Unidos, la Carta de Amiens de 1906, la rebelión de Kronstadt contra el gobierno soviético, la guerra civil española y la revuelta de mayo de 1968 en Francia. Esta “historia martiroológica” hace de la historia del movimiento una sucesión de derrotas. Por eso el autor prefiere releer la historia anarquista en cinco olas o períodos:

1) La primera ola (1868-1895) se abre con la Primera Internacional, que es para el autor un modelo del frentismo al que debe tender el

anarquismo, y se apoya en el *Programa* que Bakunin redactara para su grupo clandestino, donde se apoya la creación de grandes frentes de lucha incluso con sectores no anarquistas.

2) La segunda ola (1895-1923) es un período de ascenso revolucionario donde se construyen grandes organizaciones sindicales anarquistas y revolucionarias. El anarquismo se expande a América Latina, los Balcanes, Rusia, y en este último país tiene una experiencia de dirección revolucionaria con el ucraniano Makhno, experiencia reprimida por el bolchevismo. El texto de Makhno *Plataforma organizativa* (acusada a su vez de desviaciones marxistas) habría planteado la necesidad de la unidad de acción federativa del movimiento anarquista y, detrás de éste, las clases populares. Esta ideología, el “plataformismo”, habría tenido especial influencia en América Latina con el nombre de “especificismo”.

3) La tercera ola (1923-1949) se caracteriza por la hegemonía de los regímenes totalitarios (nazismo, bolchevismo) y un retroceso del anarquismo, que sin embargo encuentra un gran desarrollo en la experiencia antiimperialista de Manchuria (1929-1931) y en la revolución española de 1936. Este período se caracteriza por la reacción contra el unitarismo clasista de Makhno: el “sintesisismo” de Sébastien Faure vuelve a una concepción sectaria del anarquismo.

4) La cuarta ola (1949-1989) muestra un debilitamiento internacional del anarquismo, producto de la bolchevización del Lejano Oriente y de la terrible derrota en España, hecho del que el autor no saca ninguna enseñanza significativa. El sindicalismo revolucionario seguiría presente en Argentina, en Uruguay y en Chile. Los movimientos estudiantiles y obreros de 1968 marcarían una nueva presencia del anarquismo en la lucha de clases, aunque Schmidt reconoce que la influencia del anarquismo proletario en ese momento no fue más que tangencial. En los 50 aparece un texto refundante del anarquismo clasista: el *Manifiesto del comunismo libertario*, del francés Georges Fontenis.

5) La quinta ola (1989 a nuestros días) marca el momento de esperanza del libro, cuando se observa la caída definitiva de la URSS y el resurgimiento del anarquismo en el ex bloque soviético, en China, en América Latina y en España.

La deficiencia evidente del libro se encuentra en su ambición, que no reconoce límites en el tiempo, en el espacio y en las diferencias ideológicas. De la lectura de esta pequeña obra pareciera observarse un movimiento de miles de grupos anarquistas, conquistando posiciones sindicales y políticas en un sinfín de países, superando a los movimientos socialistas durante décadas en la mayoría de los países investigados. En rigor, lo que se aprecia es un sinnúmero de exageraciones, cuando no errores groseros, por el hecho de basarse en una bibliografía exclusivamente anarquista.

En las referencias a América Latina, continente al que Schmidt ve con ojos esperanzados, se pueden observar esas exageraciones en las historias referidas a México, Bolivia, Brasil, Uruguay y Chile, entre otros.

No se puede afirmar que en México el anarquismo tuvo preponderancia al frente de la clase obrera desde 1880 hasta 1930, pasando por alto la terrible traición a la revolución que significó el apoyo del anarquismo al gobierno de Carranza y su oposición a los revolucionarios campesinos. Schmidt no desconoce este hecho, al cual más adelante critica, pero entonces esa “preponderancia” no es ejercida por el anarquismo que el autor reivindica, o bien el autor reivindica un conglomerado político donde cabe el reformismo.

En cuanto a la Argentina, igualmente, establece que el anarquismo prevaleció en las primeras tres décadas del siglo XX, porque identifica para su línea al sindicalismo posterior a 1915, que tuvo una política oscilante y reformista. Afirma sorprendentemente que la huelga “más importante del siglo, según Abad de Santillán” fue la de los marinos en 1956, que duró seis meses. Identifica las luchas contra la dictadura en los 70 y 80 con las luchas del anarquismo, a partir de la investigación de López Trujillo sobre el grupo Resistencia Libertaria, que (según Schmidt) “defendía a los obreros fabriles de los asesinatos de los militares”.

En definitiva, el elemento positivo del libro consiste en tratar de encontrar una nueva guía de lectura para la historia internacional del anarquismo (incluso redefiniendo la periodización) y en su preocupación por dejar fuera del movimiento a los grupos individualistas, disgregacionistas y sectarios. Pareciera afirmar que el anarquismo se sostiene como parte del proletariado o bien se abandona a un individualismo estéril. La parte problemática del trabajo consiste en el apresuramiento con que se pone un signo igual en grupos, movimientos y sindicatos diversos, en la carencia de bibliografía fidedigna (ajena al anarquismo) y en la apasionada exageración con la que evalúa los diferentes avatares de su movimiento. Por otra parte, la tumba del anarquismo que fue la guerra civil española, reclama todavía un balance político serio.

Hernán M. Díaz

* * *

Karin Grammatico, *Mujeres Montoneras. Una historia de la Agrupación Evita*, ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2011.

El objetivo de la autora en este libro es reconstruir la historia de un brazo político de Montoneros: la Agrupación Evita de la Rama Femenina. Ella plantea que su obra tiene una doble inscripción historiográfica: por